

el rancho al aire libre, desparramándose por las iglesias y dejando los fusiles para tomar los rosarios. Lantenac se fué en seguida con algunos oficiales de artillería á reconocer el Monte-Dol, dejando interinamente el mando á Gouge-le-Bruant, que habia hecho jefe de Estado Mayor.

Gouge-le-Bruant dejó de sí una huella vaga en la historia. Tenia dos sobrenombres; *Mata-azules*, por la carnicería que hizo en los patriotas, y el *Imano*, por su aspecto horrible. La palabra *Imano* se deriva de *immanis*, que es una antigua palabra del bajo-normando, que significa fealdad sobrehumana y casi divina por lo espantosa, como la del demonio, la del sátiro ó la del ogro. Los ancianos del Bocage no saben ya hoy quién era Gouge-le-Bruant, ni lo que significaba Mata-azules, pero conservan confusa idea del Imano, que aun figura en las supersticiones locales. En la Vendée los otros jefes eran salvajes, pero Gouge-le-Bruant era bárbaro. Era una especie de cacique con la piel pintada de cruces y flores de lis, y en cuyo rostro brillaba el fulgor repugnante y casi sobrenatural de un alma que no se parecia al alma humana.

Tenia audacia infernal en el combate, y despues de él era atroz; su corazon se inclinaba á todos los sacrificios y era capaz de todos los furoros. Razonaba, pero en espiral, como se levantan las serpientes. Hablaba de heroismo para caer en el asesinato; era á propósito para todo lo horriblemente inesperado; poseia épica ferocidad.

El marqués de Lantenac confiaba en su crueldad, porque excedia á la de todos; pero en estrategia y en táctica era menos superior, y quizá el marqués cometió un yerro nombrándole su jefe de Estado Mayor, pero de todos modos quedó autorizado para reemplazarle.

Gouge-le-Bruant, más guerrero que militar, era más á propósito para degollar una tribu que para defender una ciudad. Sin embargo, tomó sus precauciones.

Al anochecer, cuando Lantenac volvía de reconocer el sitio donde proyectaba establecer la batería, le sorprendió el estampido del cañon. Miró hácia Dol y vió que humareda roja se elevaba sobre la calle principal. Indudablemente aquello indicaba sorpresa, irrupcion, ataque, combate en la ciudad.

Aquel, que no se asombraba fácilmente, quedó estupefacto un momento, por-

que no esperaba semejante cosa. No debia ser Gauvain el que atacaba, porque uno no ataca fácilmente á cuatro. Era improbable que fuere Lechelle y Gauvain era imposible.

Lantenac hizo correr á su caballo. En el camino tropezó con multitud de habitantes que huían; les preguntó; iban atemorizados corriendo y gritando: ¡Los azules! los azules!...

Cuando Lantenac entró en Dol se encontró con lo que no esperaba.

Explicaremos lo que ocurría.

III.

Pequeños ejércitos y grandes batallas.

Al llegar á Dol los campesinos se desparramaron por la ciudad como les pareció, segun dijimos. Resguardaron la artillería con los bagajes bajo los portales del antiguo mercado, bebieron y rezaron el rosario, y cansados se tendieron sin orden por la calle, que obstruían más que guardaban. Al anochecer, la mayor parte de ellos se durmieron, sirviéndose de los morrales como almohadas, al lado de sus mujeres, porque con frecuencia las campesinas seguían á sus maridos: en la Vendée, las mujeres embarazadas servían de espías. Era aquella una noche apacible del mes de Julio; las constelaciones resplandecían en el azul oscuro del cielo, y aquel vivac, que más que campamento de un ejército parecia el rancho de una caravana, se abandonó pacíficamente á las dulzuras del sueño. Repentinamente los que no habian cerrado los ojos aun vieron á la débil claridad del crepúsculo tres piezas de artillería, que enfilaban la entrada de la calle principal.

Eran las de Gauvain, que sorprendió á las guardias de la ciudad y entró en ella, apoderándose con su columna de la entrada de la calle.

Se levantó un campesino gritando: Quién vive! y disparó el fusil. El cañon respondió á ese disparo y despues estalló fuego furioso de fusilería.

Los vendeanos, adormecidos, se levantaron sobresaltados; tremenda fué su sorpresa al verse ametrallados.

El primer momento fué terrible. Nada hay tan trágico como el azoramiento de la muchedumbre bajo una lluvia de balas. Todos acudieron á las armas; gritaban, corrían y caían; los que estaban de faccion no sabían lo que se hacían y se

fusilaban unos á otros. Algunos, aturridos, salían de las casas, volvían á entrar, y luego á salir otra vez, vagando entre el tumulto sin saber dónde situarse. Los miembros de las familias se llamaban unos á otros; aquel era un combate lúgubre, en el que estaban mezclados mujeres y niños. Las balas silbaban en el viento, el fuego de fusil salía de todas partes; todo era humo y confusion, que aumentaba el entrelazamiento de los furgones y de las carretas y el asombro é inquietud de los caballos. Pisaban los heridos yendo de una parte á otra; oíanse gritos de dolor; los soldados y los oficiales se buscaban, y en medio de aquella Babel se ejecutaban actos de sombría indiferencia. Una mujer daba el pecho á un recién nacido, sentada junto á una pared, contra la que estaba recostado su marido con la pierna rota, y chorreando sangre por la herida, cargaba tranquilamente la carabina y disparaba al acaso en la oscuridad. Algunos, echados en tierra boca abajo, hacían fuego por entre las ruedas de las carretas; de vez en cuando se oían terribles clamores, pero la voz del cañon dominaba todos los ruidos. Era aquel espantoso espectáculo.

Como árboles cortados en un bosque, iban los vendeanos cayendo unos tras otros; Gauvain, parapetado al principio de la calle, ametrallaba sobre seguro á sus enemigos, perdiendo muy poca gente.

Sin embargo, el intrépido desorden de los campesinos concluyó por ponerse á la defensiva; se replegaron éstos bajo las bóvedas del mercado, vasto y oscuro reducto, bosque de pilares de piedra, y allí se hicieron firmes; todo lo que se parecia al bosque les daba confianza. El Imano suplia lo mejor que pudo la ausencia de Lantenac. Los vendeanos tenían cañones, pero con gran asombro de Gauvain no hacían uso de ellos, pero era porque los oficiales de artillería se habian ido con el marqués á reconocer el Monte-Dol; los destinados al servicio de las piezas no sabían qué hacer de las culebrinas y de las bastardas, y se concretaban con acribillar á balazos á los azules que los cañoneaban. Los campesinos respondían con fusilería á la metralla, y conseguieron estar mejor parapetados que sus contrarios, amontonando los carros, las barricas del antiguo mercado é improvisando una barricada alta con aspilleras, por las que sacaban las carabinas. Por aquellos agujeros el fuego de la fusilería era mortífero: al cabo de un cuarto de

hora el mercado presentó un frente inexpugnable.

Esto era grave para Gauvain; no esperaba ver transformarse con tanta rapidez el mercado en ciudadela que sirviese de refugio á las masas sólidas y compactas de los campesinos. Con la sorpresa alcanzó buen éxito Gauvain, pero conoció que le era imposible derrotar al enemigo. Echó pié á tierra. Escuchando con atencion, con la espada pendiente del puño y con los brazos cruzados, de pié ante una antorcha que alumbraba su batería, procuraba ver en la oscuridad. Su elevada estatura, que la antorcha iluminaba, le hacia visible á los defensores de la barricada y les servía de blanco para sus tiros, sin pensar en ello. Granizadas de balas caían alrededor de Gauvain, que permanecía pensativo.

Contra las carabinas de los vendeanos tenia él cañones, y éstos siempre concluyen por tener razon. El que tiene artillería obtiene la victoria. Su batería, bien dispuesta, le aseguraba la superioridad.

De repente, del mercado, sumido en las tinieblas, salió un resplandor; oyóse una detonacion como la de un rayo, y una bala de cañon perforó la pared de una casa sobre la cabeza de Gauvain.

La barricada respondia al cañon con el cañon.

Aquello era una novedad en el campo contrario, y en él la artillería funcionaba ya. La segunda bala de cañon se estrelló tambien en la pared, cerca de Gauvain. La tercera le derribó el sombrero.

Aquellas balas eran de grueso calibre; sin duda procedían de una pieza de á diez y seis.

—Sois el blanco del cañon, mi comandante, le dijo un artillero.

Apagaron la antorcha y Gauvain, pensativo, recogió el sombrero.

En efecto, apuntaba á Gauvain el marqués de Lantenac, que por el lado opuesto acababa de llegar á la barricada.

El Imano corrió hácia él.

—Señor, nos han sorprendido.

—Quién?

—No lo sé.

—Está libre el camino de Dinan?

—Creo que sí.

—Pues es preciso empezar la retirada.

—Ya empezó; muchos están ya lejos de aquí y en salvo.

—No deben huir, sino retirarse. ¿Por qué no poneis en juego la artillería?

—Porque se quedaron atontados y no habia aquí oficiales de esa arma.

—Pues aquí estoy yo.

—He enviado á Fougères los bagajes que he podido y las mujeres, en fin, todo lo inútil. ¿Qué hacemos de los tres prisioneros?

—Ah!... de los niños?

—Sí.

—Son nuestros rehenes: enviadlos á la Tourgne.

Dicho esto, el marqués se dirigió á la barricada. Allí, y al ver al jefe, todo cambió de aspecto. La barricada no era á propósito para artillería; no había en ella sitio más que para dos cañones. El marqués mandó ensanchar las aspilleras y puso en batería dos piezas de á diez y seis. Al inclinarse sobre una de ellas para observar por la tronera la batería enemiga, divisó á Gauvain.

—Es él! gritó.

Entonces tomó el escobillon y el atacante, cargó la pieza, fijó el fronton de mira, apuntó y disparó.

Tres veces fijó en Gauvain la puntería, y tres veces erró el blanco. Solo consiguió derribarle el sombrero.

—Si doy un poco más bajo, le doy en la cabeza.

Entonces se apagó la antorcha y se quedó sin blanco.

—Ya no puede ser! dijo.

Volviéndose hácia los que servían las piezas, les gritó:

—Fuego de metralla!

Gauvain no estaba menos receloso; su situación se agravaba al presentar el combate nueva faz, al cañonear la barricada á sus soldados, y al poder tomar el contrario la ofensiva en vez de la defensiva. Gauvain tenía delante de sí, descontando los muertos y los fugitivos, lo menos cinco mil combatientes, y los suyos quedaban reducidos á mil doscientos hombres útiles. ¿Qué sería de ellos si el enemigo se apercibía del corto número de republicanos? Los papeles se trocarían entonces y los acometedores serían acometidos, y era de temer que los de la barricada hiciesen una salida.

No podían los republicanos atacar á aquella de frente, porque un ataque á viva fuerza era quimérico; mil doscientos hombres no arrojan de sus posiciones á cinco mil. Si la acometida brusca era imposible, esperar era funesto. Era preciso concluir de una vez, pero cómo?

Gauvain era del país, conocía la ciudad y sabía que el antiguo mercado, en el que se fortificaron los vendeanos, tenía á sus espaldas un dédalo de callejuelas estrechas y tortuosas.

Volvióse hácia su segundo, que era el

valiente capitán Guechamp, que fué famoso despues porque limpió de insurrectos la selva de Concise, patria de Juan Chouan, y por impedir la toma de Bourgneuf, cerrando á los rebeldes la calzada del estanque de la Chaine.

—Guechamp, le dijo, os entrego el mando; haced todo el fuego que podais, abrid brecha á cañonazos en la barricada y llamad hácia aquí la atención de los vendeanos.

—Comprendo, contestó Guechamp.

—Formad despues en columna cerrada con las armas cargadas y con la bayoneta calada, y estad preparado para el ataque.

Despues añadió algunas palabras al oído de Guechamp.

—Entendido, contestó éste.

Gauvain repuso:

—Están todos nuestros tambores?

—Sí.

—Tenemos nueve; quedaos con dos, yo me llevo siete.

Los siete tambores formaron silenciosamente delante de Gauvain. Éste gritó:

—Adelante el batallón del Gorro Rojo!

Doce hombres, uno de ellos sargento, salieron de entre las filas.

—He dicho que todo el batallón, exclamó Gauvain.

—Aquí está todo, contestó el sargento.

—No sois más que doce!

—No quedamos más.

—Está bien, dijo Gauvain.

Aquel sargento era el brusco y afectuoso Radoub, que adoptó en nombre del batallón á los tres niños que encontraron en el bosque de la Sandraie.

Recordarán los lectores que medio batallón quedó exterminado en Herbe-en-Pail y Radoub tuvo la suerte de no encontrarse en aquel sitio.

Había allí inmediato un furgón de forraje, y señalándolo Gauvain al sargento, le dijo:

—Envolved con paja los cañones de los fusiles, para que no hagan ruido si chocan unos con otros.

Un minuto despues se verificó esta disposición silenciosamente en la oscuridad.

—Ya están, dijo el sargento.

—Soldados, añadió Gauvain, quitaos los zapatos.

—No llevamos, mi comandante, contestó el sargento.

Los soldados y los tambores sumaban diez y nueve hombres, y añadiendo á Gauvain, veinte. Este gritó:

—Seguidme de uno en uno; primero los tambores, despues el batallón. Sargento, vos mandareis el batallón.

Se puso á la cabeza de la diminutiva columna, mientras el cañoneo continuaba por ambas partes: aquellos veinte hombres, que se deslizaban como sombras, se introdujeron por las callejuelas desiertas.

Así marcharon algun tiempo serpenteando á lo largo de las paredes de las casas. Todo parecia muerto en la ciudad; sus habitantes se habian escondido en las cuevas, las puertas estaban atrancadas; ni había una ventana abierta, ni luz en ninguna parte.

En la calle principal se oía estrépito espantoso, que contrastaba con el silencio de las callejuelas; el combate continuaba; la batería republicana y la barricada realista se escupían rabiosamente la metralla.

Despues de veinte minutos de tortuosa marcha, Gauvain, que á pesar de la oscuridad caminaba con pié seguro, llegó al extremo de una callejuela que desembocaba en la calle Mayor, á espaldas del mercado.

Había envuelto la posición. Por aquel lado no había ningun atrincheramiento, porque esa es la eterna imprudencia de los constructores de barricadas; el mercado estaba abierto y se podía entrar en él por debajo de los pórticos, en donde estaban enganchados varios carros de equipajes dispuestos á marchar. Gauvain y sus diez y nueve hombres tenían ante sí á los cinco mil vendeanos, pero de espaldas.

Gauvain habló en voz baja al sargento; desprendieron la paja de los fusiles; los doce granaderos se apostaron formados en batalla detrás del ángulo de la calle, y los siete tambores esperaron la señal con las baquetas suspendidas sobre el parche.

Las descargas de artillería eran intermitentes. De repente, en un intervalo de dos detonaciones, Gauvain levantó la espada, y con voz que en aquel silencio resonó como el toque de un clarín, gritó:

—Doscientos hombres por la derecha, otros doscientos por la izquierda; los demás por el centro.

Doce tiros salieron de los fusiles y los siete tambores tocaron paso de ataque. Gauvain lanzó en seguida el grito formidable de los azules:

—A la bayoneta, carguen!

El efecto fué inaudito.

El ejército vendeano se creyó cortado por la espalda y perseguido por otro ejército. Al mismo tiempo, al oír el redoble de los tambores, la columna que ocupaba la entrada de la calle Mayor, que mandaba Guechamp, respondió tocando el paso de ataque y arrojándose á la carrera sobre la barricada. Los campesinos se creyeron entre dos fuegos. El pánico aumenta desmesuradamente las proporciones de las cosas: en el pánico, un pistoletazo hace el ruido de un cañón, cualquier clamor es un fantasma y el ladrido de un perro es el rugido de un león. Añádase á esto que en el campesino prende el temor con tanta facilidad como se prende el fuego en una choza, y así como es fácil que el fuego de ésta se convierta en incendio, también es fácil que el pánico en los campesinos se convierta en derrota. La fuga de los vendeanos fué inexpresable.

En pocos momentos quedó vacío el mercado; los combatientes, atemorizados, se fueron cada uno por su parte; los oficiales no podían contener á la gente que se les desbandaba. El Imano mató inútilmente dos ó tres fugitivos; por todas partes se oía el grito de *¡Sálvese el que pueda!* y aquel ejército se dispersó por los campos al través de las calles de la ciudad como al través de los agujeros de una criba y con la rapidez de una nube arrastrada por el huracán.

Unos huyeron hácia Chateaufauf, otros hácia Plerguer y otros hácia Aultrain.

El marqués de Lantenac, al ver su derrota, clavó con propia mano los cañones y se retiró el último, lenta y friamente, diciéndose:

—Está visto; los campesinos no sirven; es preciso que vengan los ingleses.

IV.

Por segunda vez.

La victoria fué completa.

Gauvain se volvió hácia los hombres del batallón Rojo y les dijo:

—Sois doce, pero valeis por mil.

Una palabra como ésta del jefe equivalía á la cruz de honor en aquel tiempo. Gauvain envió á Guechamp fuera de la ciudad en persecución de los fugitivos, el que hizo muchos prisioneros.

Encendieron antorchas y registraron toda la ciudad; los campesinos que no pudieron evadirse se rindieron. Iluminaron la calle Mayor con cazuelas de sebo

con mechas; dicha calle estaba llena de muertos y de heridos. El fin del combate se retarda siempre un poco; algunos grupos desesperados resistían aun aquí y allá, les cercaron y depusieron las armas.

Gauvain observó en la confusión desenfrenada de la derrota á un hombre intrépido, una especie de fauno ágil y robusto que protegía la fuga de los demás, pero sin querer huir. Dicho campesino se servía magistralmente de la carabina, fusilando con el cañon y aplastando con la culata, de tal modo que la rompió. Entonces tenía una pistola en una mano y un sable en la otra y nadie se atrevía á ponerse á su alcance. De pronto Gauvain vió que vacilaba y que cayó, recostándose en un poste de la calle Mayor; le acababan de herir, pero continuaba empuñando el sable y amenazando con la pistola. Gauvain se puso la espada bajo el brazo y se dirigió á él.

—Ríndete, le dijo.

El hombre le miró con fijeza; la sangre de su herida le empapaba la ropa y caía al suelo, formando un charco á sus piés.

—Eres mi prisionero, repuso Gauvain.

El hombre permaneció mudo.

—Cómo te llamas?

El hombre dijo:

—Me llamo Danza á la Sombra.

—Eres un valiente, le dijo Gauvain, y le tendió la mano.

—Viva el rey! respondió el hombre.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, levantó los dos brazos á la vez, apuntó con la pistola al corazón de Gauvain y disparó, dirigiéndole al mismo tiempo á la cabeza una cuchillada.

Hizo esto con prontitud de tigre; pero hubo otro que fué más ligero que él todavía, un hombre á caballo, que llegó pocos minutos antes sin que nadie le viera; este ginete, al ver al vendeano levantar el sable y la pistola, se arrojó entre él y Gauvain, evitando la muerte segura de éste. El caballo recibió el tiro de la pistola, el ginete recibió la cuchillada, y ambos cayeron en tierra. El vendeano también cayó al suelo junto al poste.

El sablazo hirió al hombre en la cara y le hizo caer desmayado. El caballo estaba muerto.

Gauvain se acercó al desconocido y le preguntó:

—Quién eres?

Le examinó: la sangre de la herida le inundaba el rostro, cubriéndole de una

máscara roja, y era imposible conocerle. Solo veía sus cabellos grises.

—Este hombre acaba de salvarme la vida, exclamó Gauvain; ¿alguno le conoce?

—Mi comandante, dijo un soldado, este hombre acaba de entrar en la ciudad; le vi llegar y venía por el camino de Pontorson.

El cirujano mayor de la columna llegó con su caja de operaciones. El herido continuaba desmayado. El cirujano le reconoció y dijo:

—Esto no es nada, una sencilla cortadura. Dentro de ocho días estará bien. Le dieron un buen sablazo.

El herido llevaba capa, faja tricolor, pistolas y sable. Le tendieron en unas parihuelas y le desnudaron. Trajeron un cubo de agua fresca y el cirujano lavó la herida y empezaron á reconocerse las facciones del desconocido. Gauvain le contemplaba con profunda atención.

—Trae documentos consigo?

El cirujano tanteó el bolsillo del pecho del herido, sacó de él una cartera y se la entregó á Gauvain.

Entre tanto el agua fría reanimó al herido, que volvía en sí y empezaba á mover los párpados.

Gauvain, al registrar la cartera, encontró una hoja de papel en cuatro dobles; la desdobló y leyó lo que sigue:

“Comité de Salvación pública. El ciudadano Cimourdain...”

Al leer este nombre lanzó un grito:

—Cimourdain!...

Aquel grito hizo abrir los ojos al herido.

Gauvain estaba asombrado.

—Sois vos, Cimourdain? ¡Por segunda vez me salvais la vida!...

Cimourdain miraba con fijeza á Gauvain; infante resplandor de alegría iluminaba su rostro ensangrentado.

Gauvain cayó de rodillas ante el herido, exclamando:

—Mi preceptor!...

—Tu padre, le contestó Cimourdain.

V.

La gota de agua fría.

No se habían visto en muchos años, pero sus corazones no se separaron jamás, y se reconocieron como si se hubiesen separado el día anterior.

Se había improvisado una ambulancia en el hospital de la ciudad de Dol y llevaron allí á Cimourdain, instalándole en

una cama de un gabinete contiguo á la sala general. El cirujano, que reconoció la herida, puso fin á las expansiones de los dos hombres, indicando que era necesario que Cimourdain durmiese. Además, de que otros cuidados reclamaban la presencia de Gauvain. Quedó, pues, solo Cimourdain; pero no podía dormir, porque sufría dos clases de fiebre, la de la herida y la de la alegría.

No dormía y sin embargo creía no estar despierto. Veía realizado su sueño. Cimourdain no creía en la realización de sus ilusiones y las veía realizadas. Volvió á encontrar á Gauvain; le dejó niño y le encontraba hombre, y hombre grande, temible, intrépido y triunfante por la causa del pueblo. Gauvain era en la Vendée el punto de apoyo de la revolución, y él, Cimourdain, era el que proporcionaba á la República aquella fuerte columna; el vencedor era su discípulo: lo que veía irradiar al través de su busto joven, reservado quizás al Panteón republicano, era su propio pensamiento; su discípulo, el hijo de su espíritu, era ya un héroe, y sería dentro de poco una gloria. Parecía á Cimourdain que veía su propia alma convertida en génio. Acababa de presenciar cómo hacia la guerra Gauvain; como Chiron vió pelear á Aquiles; relación misteriosa entre el sacerdote y el centauro, porque el sacerdote solo tiene medio cuerpo de hombre.

Las circunstancias extraordinarias de esta aventura, unidas al insomnio que la herida le ocasionaba, llenaban la mente de Cimourdain de misteriosa embriaguez. Veía elevarse un joven destino y él tenía plenos poderes sobre ese destino; si conseguía otro triunfo como el que acababa de presenciar, podía Cimourdain con una sola palabra hacer que la República confiase á Gauvain el mando de un ejército. Nada deslumbra como la admiración de ver que todo sale bien. En aquella época todo el mundo soñaba con las glorias militares; Danton quería nombrar general á Westermann, Marat á Rossignol, Hébert á Rousin y Robespierre quedarse sin ninguno. ¿Por qué no he de conseguir que lo sea Gauvain? decía Cimourdain, y seguía pensando. Se colocó ante lo ilimitado, pasaba de una hipótesis á otra, y todos los obstáculos se desvanecían ante su pensamiento. Puesto ya el pié en esa escala, ya no es posible detenerse y se asciende hasta el infinito; se parte del hombre y se llega á la estrella. El ge-

neral es el jefe de los ejércitos, pero el gran capitán es al mismo tiempo el jefe de las ideas. Cimourdain veía en el porvenir á Gauvain gran capitán; parecía-le ya, porque la imaginación camina con rapidez, verle en el Océano dando caza á los ingleses, en el Rhin castigando á los reyes del Norte, en los Pirineos rechazando á los españoles, en los Alpes dando á Roma la señal de sublevarse. En Cimourdain había dos hombres, uno tierno y otro sombrío, y ambos en él estaban satisfechos, porque siendo lo inexorable su ideal, veía á Gauvain magnífico y á la par terrible. Pensaba en todo lo que debía destruirse antes de construir, y decía que no había llegado aun la hora de enternecerse y de ser sensibles. Figurábase á Gauvain aplastando con el pié las tinieblas, cubierto con una coraza de luz con el resplandor del meteoro en la frente, abriendo las grandes alas ideales de la justicia, de la razón y del progreso, y con la espada en la mano; le veía ángel, pero ángel exterminador.

En el mayor entusiasmo de su ilusión, que era casi un éxtasis, oyó por la puerta entreabierta que hablaban en la gran sala de la ambulancia, contigua á su cuarto, y conoció la voz de Gauvain; aquella voz, á pesar de los años de ausencia, siempre resonaba en sus oídos; la voz del niño siempre se reconoce en la voz del hombre. Escuchó; primero oyó ruido de pasos y despues la voz de un soldado que decía:

—Mi comandante, este hombre es el que disparó contra vos. En la confusión se arrastró por el suelo y se escondió en una cueva, en la que le hemos encontrado.

Cimourdain oyó entonces este diálogo entre Gauvain y aquel hombre:

—Estás herido?

—Estoy bastante bien para que me fusilen.

—Metedle en una cama, que le cuiden y que le curen.

—Quiero morir.

—Yo quiero que vivas. Quisiste matarme en nombre del rey, y yo te perdono en nombre de la República.

Una sombra oscureció la frente de Cimourdain, que experimentó la misma sensación que si se despertase sobresaltado, y murmuró con abatimiento sinietro:

—Ah! es hombre clemente.